

mo que comprendí que el pensamiento se había hecho culpable, más que de un absurdo, de una estupidez: no es posible que nadie que la quiera tire una cosa que ha sido tan suya. Este «nadie que la quiera» me llevó naturalmente á pensar en quien tiene derecho á quererla, y me dije: De seguro se lo habrá dado al novio; pero si la suposición anterior me indignó contra mí mismo, esta segunda me indignó tanto contra él, que tampoco pude resignarme á ella: «No es posible—dije—que un hombre que se ríe leyendo los chistes de «Vida galante» sea poseedor de tal tesoro... tesoro para mí... Ha dicho el héroe alemán, ya repetidas veces citado por mí: «Con que pudiera yo abrazarla sólo una vez creo que se me llenaría para siempre este espantoso vacío que siento en el pecho.» Con bastante menos me contentaba yo: con sólo poderme llevar á los labios esa trenza de pelo que ya no es suya... «esa trenza de pelo...» Las palabras son buenas evocadoras de pensamientos: al decir trenza, no sé por qué, vi en imaginación las muchas que cuelgan como ex-voto en los altares de la Catedral, particularmente en los de la Virgen del Carmen y

de San Antonio bendito: en esta tierra las chiquillas, que tienen buen pelo, y lo estiman en mucho, acostumbran á darlo en pago de la salud que alcanzan ó el amor que piden. Ello es que, como digo, vi en imaginación las trenzas de la iglesia, y pensé: Puede que ésta también le haya dado su trenza á la Virgen Santísima: ella es devota, porque todas las tardes cuando tocan al Angelus se santigua muy cristianamente y se queda callada un momento, sin duda para rezar sus tres Ave Marías—entre paréntesis, pensando que ella las está rezando, las rezo yo también ¡y me entran unas ganas de llorar mientras las rezo! —Ella es devota, digo, y no tendría nada de particular. Con este pensamiento me acosté, y tantas vueltas me dió en la cabeza, que como he dicho no me dejó dormir. La noche es buena consejera de hazañas; aconsejado por ella, de madrugada me levanté, resuelto á una estupenda aventura: ir á la Catedral... y robar la trenza, así, robarla nada menos, y tenerla por mía para siempre. No sé si el propósito sería sacrilegio ó tontería, pero á mí me quemaba el corazón tan agudamente como la más acariciadora esperanza. Me vestí;

amanecía; á poco tocaron á oraciones en en la Catedral; me eché á la calle, descolgándome por una ventana, porque mi tía Ramona todavía no había abierto la puerta; yo no acostumbro á madrugar tanto y todo en la ciudad me iba haciendo un efecto extraordinario; las calles desiertas, el airecito fresco y penetrante; en la esquina misma de la Plaza Nueva me encontré á la pareja de la guardia civil y me llevé un susto, sin duda porque iba con propósito de robar. Entré, subiendo por la escalerilla de la calle del Nuncio, por la puerta del claustro: las flores que hay plantadas en él olían mucho y suave al mismo tiempo, y ya los gorriones alborotaban á más y mejor; pasó el campanero; de seguro que no me miró, pero á mí me pareció que me miraba y que se asombraba de verme tan temprano en sus dominios; entré en el templo; ya me había yo figurado que estaría solo, pero no tanto; ni viejas había [y sonaban los pasos de un modol Dirigíme á la capilla del Carmen; á San Antonio le había descartado desde luego, porque, desgraciadamente, ella novio no necesita pedirle al santo taumaturgo. Era domingo: los sábados, de tarde, cantan allí la Salve ó el Regina

coeli, y aun quedaba un olor tan suave á incienso: yo no creo ni más ni menos que los demás muchachos de mi edad, es decir que creo que no creo nada, pero el olor á incienso me empuja á arrodillarme irremisiblemente; me arrodillé, y hasta hice intención de santiguarme; el diablo se debió de reir si, como decía mi abuela en el pueblo, se ríe de las gentes que hacen mal la señal de la cruz. La Virgen del Carmen es de talla antigua, pequeña, con el traje estofado y la cara ennegrecida por el humo de los cirios: el Niño es feo, pero tiene cara de misericordia: in mente, y por si acaso existen más allá de las nubes, les pedí á la Madre y al Hijo perdón por el futuro sacrilegio. En la obscuridad de la capilla adivinaba en el grupo de ex-votos las trenzas levemente teñidas de rojo y azul por la pálida luz del amanecer, que entraba por los vidrios de colores... me adelanté... allí estaban... una, dos, tres... cuatro... hasta siete: tres eran rubias... otra lleva sin duda años enteros de estar allí, tal la tienen de estropeada polvo y polilla: quedaban tres, las tres bastante negras, las tres recientes, las tres sujetas con lazos azules... ¿Cuál era la suya? No había yo pensado en la dificultad de

que, queriéndola yo como la quiero, pudiera no conocer su trenza, teniéndola delante... Acaso por el olor... ese perfume suyo á campo, á río, á prado que acaban de segar...: fui acercando la cara á las tres matas de pelo... ¡inútil el aroma á incienso, impregnándolas todas, había destruído todo rastro de perfume individual, y entonces ¡triste es decirlo!, me entró una repugnancia espantosa ante la idea de tocar una de aquellas trenzas, si acaso no acertaba con la suya: repugnancia, qué sé yo, á la tristeza misma del cabello cortado, á la enfermedad en rescate de la cual habían venido allí, á los lazos azules que parecían cosa de mortaja, al polvo que, pasando días, las había de cubrir y roer... y me marché casi llorando, no sólo sin robar, sino sin darle un beso á ninguna...

* * *

Resulta que me he estado atormentando en balde, porque resulta que desde hace tres meses no son novios, y que todo el mundo lo sabía, como lo otro, todo el mundo también, menos yo. Por eso, claro está, no venía con ella á tomar leche. Y yo, envidiándole, cuando en

este caso quien hubiera debido enviarme á mí es él, puesto que yo estaba á su lado, aunque siempre un poquitito lejos. También lo supe con bastante sencillez, y también me causó cierto deslumbramiento, aunque no tanto, porque las buenas noticias siempre le parecen á uno cosa natural. Indudablemente, digan lo que quieran los filósofos pesimistas—esto de filósofos pesimistas lo he aprendido de ella, que tiene la costumbre de hablar á menudo de filosofías—digan lo que quieran los filósofos pesimistas, la vida tiene un sentido claro y definido, y el hombre ha nacido para ser feliz; y la mejor prueba de ello es lo pronto que el corazón se nos acostumbra á la felicidad. Doce horas nada más hace que sé que no es novia de nadie, y ya me parece, no sólo que lo he sabido desde hace siglos, sino que ha sido siempre así, y que no podía ser de otro modo. ¡No es novia de nadie! ¡No es novia de nadie! He aquí una afirmación clara como la luz del día y capaz de alumbrar las noches de este pobre estudiante de Ciencias con más plateado resplandor que todas las lunas de enero, y eso que de la luna de enero dice el cantar «que no hay luna más clara en

todo el año». Es extraño lo bonitos que le parecen á uno los cantares cuando está enamorado de alguien, y lo bien que parece que responden estos ayes en copla á los deseos de decir ¡ay de mí que siente uno por la cosa más tonta. Si no pareciera ridículo, yo á ella le hablaría siempre en cantar, en copla gitana, de esas que parece que dan una puñalada, tan hondo debió de ser el desgarramiento interior del que juntó por vez primera las pobres palabras para decir su amor y su desdicha:

¡Mira qué bonita era!
Se parecía á la Virgen
de Consolación de Utrera.

No sé por qué será, pero á mí, positivamente se me llenan los ojos de lágrimas cuando la estoy mirando y se me ocurre recordar la copla, y la digo bajito, como si le rezara una oración. Pues, y aquella otra:

—Dame un abrazo.—No quiero.
—Dame un besito.—Tampoco.
—Dame una puñaladita,
dámela poquito á poco...

Tiene razón la copla, poquito á poco, porque á gloria debe de saber hasta una puñalada, si es la mano de «ella» la que nos parte el pecho, y es seguro que ha-

bríamos de pedir «más» para ir saboreando el deleite del dolor. ¡Ay Dios mío! Ayer, á la vuelta, se adelantó ella un poco, con mi padrino, y yo me quedé atrás con su hermano, porque me gusta verla un poco de lejos, cuando se pone en el horizonte esa faja dorada de la puesta de sol y ella se destaca por negro sobre el oro como una santa en su hornacina, y de repente me entró esa comezón que digo de cantarle coplas para decirle de algún modo el «me muero por tí», que en prosa puede que resulte ridículo, y que, sin embargo, es una verdad como un templo. Y como estábamos en el campo, y solos los cuatro, y pasaron unos mozos é iban canturreando, yo, como si los imitase porque sí, rompí á grito pelado con aquello de «Los ojos de mi morena ni son chicos ni son grandes». Afortunadamente no canto muy mal, y la hora y el campo le ponían á la voz lo que de poesía pudiera faltarle; y de los ojos negros, pasé al «Te quiero porque te quiero y porque me da la gana», y de allí al «Dicen que no la quieres ni vas á verla, pero la veredita no cría hierba». A su hermano le pareció bien la ocurrencia y rompió también á cantar, y así fuimos por turno

llenando el aire de la tarde de apasionamientos, y á mí me parecía que el corazón se me quisiera salir por la boca en una exaltación de alegría desatinada y agradecida. Alguien preguntará: ¿Agradecida á qué ni á quien, infeliz? Agradecida sencillamente á ella por la maravillosa misericordia de ser tan bonita, y de serlo delante de mí, y de andar por el campo para que la vieran mis ojos, y de escuchar la voz en que con palabras ajenas, por no atreverme á ensartar las propias, le iba diciendo te quiero, te quiero. te quiero con toda mi alma, te quiero más allá de la vida y de la muerte, como dices que dicen tus filósofos, más allá de toda filosofía, como digo yo, y te he de querer pese á quien pese, y más que te pese á tí misma, y más que me desespere queriéndote y «más que te cueste la vida», como dice el cantar. Iba obscureciendo, y cuando nos acercamos al arrabal me acerqué yo á ella para decirle adiós como de costumbre, y dijo mi padrino: «¡Muy alegre está el tiempo, jóvenes!», y el hermano de ella se echó á reír y contestó: «Ya ve usted, doctor, cosas de la vida», y yo entré tanto le pregunté á ella: «¿Le ha molestado á usted que can-

tásemos?», y ella me contestó: «Al contrario, me gusta mucho oír cantar en el campo al anochecer, y además usted tiene muy buena voz». ¡Dios la bendiga!

* * *

«Sic transit gloria mundi». Este latín quiere decir en el más desolado castellano que aquí se acaba mi felicidad. Y, sin embargo, Dios me es testigo de que bien poco le pedía á la vida para ser feliz: verla todos los días, que ella me dijese tres ó cuatro palabras amables, y poderla querer sin cargo de conciencia. Hasta este poco le ha parecido mucho á la divina providencia: habrá quien dude de ella, y yo me acuso de haber dudado también no pocas veces, pero desde que veo el encarnizamiento con que la mala suerte se va complaciendo en destruir todas mis alegrías, bien poco pretenciosas, no puedo menos de creer en la existencia de los poderes sobrenaturales. Así dice el padrino que han empezado todas las religiones: no por agradecimiento á un dios benéfico,—al hombre, como ya tengo dicho, le parece cosa tan natural pasarlo bien que de su propio impulso no se le ocurre agradecer nada á nadie,—sino por terror al dios que

hace daño. Creo, pues, como el desesperado poeta, y conste que me duele entrar en la creencia por el camino de la blasfemia, que hay quien se divierte en ir sembrando el mal para que yo le recoja. El caso es éste: anoche, última noche de octubre, estando yo después de cenar detrás de los cristales del balcón, sin atreverme á abrirle, porque hacía una noche de perros con lluvia y viento, pero queriendo adivinar en la oscuridad y en la lejanía hacia donde caería la ventana de aquella casona del arrabal donde de seguro estaba ya durmiendo mi tesoro, estando, como digo, detrás de los cristales del balcón, resignado á mi suerte como nunca, porque desde que ha comenzado el curso la vuelvo á ver en clase todos los días, es decir, en clase no, porque ella no va más que á la de Cristalografía que le falta aprobar en segundo y yo asisto á todas las de tercero, sino en los claustros al entrar y salir, y todos los días se para, no sólo á saludarme, sino á hablar conmigo del tiempo y de la asignatura, y hace cuatro días me dijo que si quería ayudarla á arreglar el armario de las colecciones, y pasé los tres cuartos de hora más felices que recuerdo en mi vida, subido en

un banco para alcanzarle los cristales de la última tabla, que estaban demasiado altos para que los pudiera alcanzar ella... en fin, resignado tan plácidamente á mi destino que casi había llegado á ser dichoso, y si no me atrevía á hablarle de mi amor era por no sé qué extraño respeto en que, desde que estuvo enferma, se ha cambiado aquella mi antropofagia del principio: ahora no me dan ganas de comérmela, sino de echarme de rodillas en cuanto la veo, y besarle los pies ó la falda, ó cualquier otra extravagancia por el estilo... ¿Por dónde voy, santo cielo? El desórden de mi pobre estilo es buena prueba del que reina en mis facultades desde la hora fatal... todo sea por Dios, y por ella, y por mi padrino, y por mi tía Ramona, y por los favores que yo le debo á él, digo por la consideración que él la tiene á ella.. no sé lo que me digo... Acabemos. Quedamos, pues, en que antes de anoche, mientras llovía fuera á todo sabor, mi tía Ramona quitaba la mesa, y el señor doctor, sentado junto á la chimenea, fumaba su cigarro: ya había yo advertido en él repetidas señales de interior regocijo, tales como las de frotarse las manos acercándolas á la lumbre, sonreír

cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás hasta recostarla en el respaldo del sillón, etc.; pero, inocente de mí, las atribuí al bienestar vulgar que produce, aún en los espíritus más altruistas, y no creo que á mi padrino le mate el altruismo precisamente, el sentirse caliente y bien comido cuando hace frío fuera y se presume que muchos infelices pueden haberse quedado sin cenar. Cuando mi tía terminó sus faenas y se dispuso á salir de la estancia, mi padrino la detuvo, diciendo:—No te vayas Ramona, que tenemos que hablar. Yo me dispuse á salir á mi vez, por si acaso la conversación era cosa secreta, pero el padrino me detuvo también, añadiendo:—No te vayas tú tampoco, Teófilo, que lo que tengo que decir á tu tía no está de más que lo oigas tú.

Sonóme el preámbulo, sin saber por qué, á cosa fatídica; mi tía, según su lamentable costumbre, se puso en jarras, recogiendo antes la punta derecha del delantal y sujetándosela al lado izquierdo de la cintura; yo me senté en el sillón vacante, junto á la chimenea y frente á mi padrino.

—Sobre todo,—dijo éste, dirigiéndose á mi tía Ramona,—no me hagas aspa-

vientos, ni me des gritos, ni mucho menos te desmayes, porque de nada te había de servir: ya sé que lo que vas á oír no ha de servirte de plato de gusto, porque estás muy acostumbrada á hacer en esta casa tu santísima voluntad; pero, hija mía, yo también lo estoy, y puede que de aquí en adelante tanto tú como yo tengamos que plegarnos un poco á la voluntad ajena, y ya ves lo muy poco que á mí me apura, conque, filosofía y resignación que, después de todo, y como tú dices, peor fuera no verlo, y viva la gallina aunque viva con su pepita.

Yo no me tengo por demasiado torpe, pero, la verdad, no entendía palabra de todas las de mi padrino, y preguntándome estaba á dónde querría venir á parar con su extravagante preámbulo; pero las mujeres, aunque sean de la especie inferior, á que sin duda pertenece mi tía Ramona, deben de tener un instinto de adivinación ó brujería que, en casos como este, les hace infinitamente superiores á nosotros los hombres; así es que, mientras yo, como digo, estaba preguntándome qué habría querido decirnos el padrino, ya ella lo había adivinado, y dejando caer el delantal, se

acercó al doctor, echando fuego por los ojos, y le dijo con el mismo tono en que si hablaran hablarían los basiliscos:

—¡Que se va usted á casar!

Yo pensé desde luego que mi tía se había vuelto loca, pero por lo visto yo estaba en un error y ella en su juicio, porque el padrino, dando por admitido y explicado el caso suficientemente, se limitó á advertir con toda calma:

—Ya te he dicho que no dieras voces.

—Es que...—quiso gritar de nuevo mi tía Ramona.

—Que no des voces ni hagas aspavientos: sí, me caso: me parece que no tiene nada de particular.

Esta apreciación de mi padrino, no dejó de parecerme un tanto fantástica.

—¿Y con quien, si puede saberse?—rugió mi tía.—¿Con la lagartona de doña Tulita, la cubana? Si ya decía yo que tales vecindades no podían costarnos nada bueno; si esas mujeres que se pintan son el mismo demonio; si todos los hombres son ustedes iguales, en cuanto ven ustedes una peluca, porque lo que es el pelo de ella, á mí no me digan, que peluca es, y unos polvos y cuatro churretes de mano de gato, locos perdidos.

—Te equivocas, Ramona—dijo el doc-

tor con grandísima calma.—Cierto que los encantos de doña Tulita son grandes como dices, pero mis gustos no van por ahí.

Mi tía abrió de par en par, no ya los ojos, porque desde el principio de la conversación los tenía lo más abiertos posible, sino la boca, y se quedó como chiquillo rabioso, jadeante, y sin poder echar palabra fuera durante dos minutos por lo menos. Al cabo, y aun incrédula, pudo preguntar:

—¿Qué no es doña Tula?

—No,—respondió el padrino, suavemente.

—Menos mal—gruñó entre dientes mi señora tía.—¿Quién es entonces?—siguió preguntando, ya con aire de verdadera curiosidad, pues sin duda sus previsiones no habían ido más allá del mirador de la cubana.

Mi padrino, antes de responder, se relamió un poco los labios, como si de antemano saborease la dulzura del nombre que iba á pasar por ellos, y después dijo con voz grave y algo conmovida, tal como yo no se la había escuchado nunca:

—Me caso con la niña del señor Alca-raz, el regente de la escuela normal.

Seguro es que no se hundió el techo de la sala, porque yo le miro ahora, y está en su sitio, sin la más leve grieta; pero seguro es también que yo le sentí caer sobre mi cabeza, y anonadarme y hacerme polvo; creo que por breves instantes perdí el sentido; temo haber dado un grito muy grande y haber puesto una cara muy rara; ello es que mi padrino se me quedó mirando, y entonces yo volví á la razón, y pregunté, por preguntar algo, con la mayor estupidez posible:

—¿Con Teresita?

—Con Teresita—respondió mi padrino.—¿Te sorprende?

—¡Pues no le ha de sorprender!—intervino mi tía, rencorosamente.—A él y á cualquiera. Es decir, á mí no, que me sé de memoria á los hombres en general y á usted en particular, y no podía ser otra cosa, que bien dicen que á fuerza de estudiar y de saber todos los viejos se vuelven tontos...

El señor doctor hizo una mueca.

—Sí, señor, los viejos—recalcó mi tía, cogiendo en el aire el ligero despecho del señor doctor, y deleitándose en agravarle.—Los viejos como usted que, á las mil y una, se acuerdan de ir á buscar los cuernos que nunca tuvieron.

—¡Ramonal!—interrumpió iracundo mi padrino.

—¡Señor doctor!—replicó ella, poniéndose decididamente en jarras, y mirándole de alto á bajo con espantosa serenidad.

Hubo un silencio casi trágico. Mi tía, satisfecha de haber lanzado el dardo vengador, se fué luego calmando lentamente. Mi padrino había fruncido el ceño: acaso meditó un instante en la probabilidad de la triste aventura que mi tía le profetizaba; pero sin duda un risueño pensamiento debió de acudir en su auxilio, porque sonrió con toda beatitud, y no dijo nada. Yo estaba hecho una piedra.

—¿Y cuándo es la boda?—preguntó mi tía, poniendo en la palabra «boda» innarrables hieles de ironía.

—Para Año Nuevo—respondió el doctor.—He querido avisártelo con tiempo, porque sospecho que mi guardarropa necesitará reparaciones de cierta importancia: mañana haces un presupuesto y te daré el dinero que haga falta: también habrá que entenderse con el casero para que empapele de nuevo las habitaciones.

—Sí, sí, todo se lo merece el santo—refunfuñó mi tía.

Aun siguieron hablando casi media hora de cosas caseras: yo, desplomado en el sillón, ni á llorar me atrevía mi malaventura, ni á marcharme de allí, por miedo á que el padrino sospechase mi triste secreto. ¡Qué va á ser de mí cuando todos los días la vea entrar en esta sala, y andar por los pasillos, y sentarse á la mesa, y asomarse al balcón como mujer de otro á quien ni siquiera puedo tener el consuelo de desear la muerte! Porque tiene razón mi tía Ramona: sino fuera por el señor doctor ¿qué sería á estas horas del hijo de mi madre?

¡Ay, Teresita, Teresita! ¡Ay, ojos negros y gargantilla roja! ¡Ay, manos retostadas y pies chiquitos! ¡Ay, coplas á la vuelta del paseol. Se acabaron las coplas, porque ¿á quién se las voy á cantar? Seguro estoy de que no hay en el mundo mujer que me vuelva á poner en el alma esa tristeza alegre ó esa suavidad triste que le obligan á uno á salir diciendo á voces: «¡Te quiero porque te quiero y porque me da la gana...!» y que, á medio cantar, le llenan á uno los ojos de lágrimas...

De cómo pasé la noche de la revelación, no quiero hablar; de cómo pasé la

siguiente, es decir, la de ayer, valiera más no hablar, pero hablaré, porque en ella ha pasado lo que ha pasado, y al cabo eso no pasa más que una vez en la vida; de otra muy distinta manera había yo soñado que pasase, porque enamorado primero del amor y después de mi Teresita—¡ay, ahora ni á llamarla mía me atrevo, porque me parece que sólo con pensar que pudiera serlo cometo un crimen de alta traición hacia mi padrino!—enamorado, digo, primero del amor y después de ella, tenía resuelto aprovechar el consejo que San Francisco de Sales da á las vírgenes, y haber guardado el primer amor para el primer marido, es decir, yo para la primera esposa... para ella, en una palabra. Pero la tristeza me hizo cambiar de resolución: me levanté con un sabor de boca y de espíritu que nunca nunca se me olvidarán, pero por costumbre de la pícara ilusionada memoria, en cuanto me tiré de la cama, pensé como todos los días: Dentro de media hora, la voy á ver en la Universidad. También por costumbre, se me alegró el corazón, que sin duda estaba un poco dormido, pero al moverse para la alegría, se debió despertar, y recordó que no tenía derecho

á alegrarse, y el movimiento ilusionado se trocó en dolor, y estuve llorando todo el tiempo que tardé en lavarme, con lo cual el lavado me sirvió de bien poco, puesto que me corrían cara abajo confundidas el agua y las lágrimas y, en vez de refrescarme, me abrasaban la piel. Entró mi tía, como siempre que sucede algo grave, en vena de extenderse á mi cabecera en inacabables comentarios: no fué pequeña su sorpresa al ver que yo no la dejaba comentar, y salía del cuarto, y á poco de la casa, como una exhalación, sin quererme parar á sorber el desayuno, ni á dar los buenos días al señor doctor, que ya desayunaba como hombre que tiene la conciencia tranquila y el corazón satisfecho. Ya en la calle:—¡La voy á ver!—me volvió á decir la memoria; pero el solo pensamiento de verla, me fué intolerable, parece mentiral, y algo dentro de mí y, sin embargo, bien ajeno á mí mismo, porque á mí me parece imposible que mi voluntad propia haya decidido una sola vez, en plena consciencia, el dejarla de ver siquiera un instante en que sea posible verla, algo dentro de mí tomó la resolución extraña de no ir á la Universidad. Y no fué: son los primeros novillos que

he hecho en mi vida: corrí calles, y me enteré corriéndolas de lo feas que son y lo pronto que se acaban las calles de nuestra histórica ciudad; quise entrar al café, pero me dió vergüenza, porque tan de mañana no había nadie; pasé por delante de la catedral, luego de San Francisco, luego de las monjas carmelitas ¡cuántas iglesias! en todas hubiera entrado de buena gana, dicen que rezando se consuelan las penas, mas seguramente la mía no es de las consolables con la oración, porque ¿qué le puedo pedir yo á Dios en este caso? O que se muera mi padrino, lo cual es una barbaridad, ó que deje yo de quererla, lo cual, además de ser otra barbaridad, es un imposible: dicen que contra el imposible está el milagro, pero hasta el milagro no llega mi fe, y, además, que aunque Dios estuviera dispuesto á hacerle por mí, yo no quiero que le haga, porque no me quiero olvidar nunca de ella. ¿De qué serviría la vida si no sirviese para pensar que ella está en el mundo, y que fuera de ella no hay más que tedio, y tedio, y más tedio? La prueba de que todo es tedio cuando ella no está es que, cansado de darle vueltas á las calles, salí al campo, y siendo yo un ena-

morado del campo y hombre que se conmueve en emoción puramente intelectual con los árboles y los prados y hasta con el agua del río, ayer no le contraba á nada de eso gracia ninguna, y río y huerto y álamos y prados me parecían una sola é inmensa cara fea é inexpresiva, de esas que ve uno todos los días, y á fuerza de mirarlas no le dicen á uno nada: la cara del bedel de la Universidad, ó la del profesor de Zoología, ó la de la estanquera de la plaza nueva, que todas las mañanas veo invariablemente, soñolienta y desgredada, cuando al ir á clase entró á comprar la inevitable cajetilla. Dicen que la naturaleza es acogedora—pensé ó sentí confusamente—y que acoge en su regazo como madre á los corazones atribulados; pero ¿y cuando á los corazones atribulados les entra tedio por adelantado del regazo y de la caricia? Como era mediodía, tuve que volver á casa, porque á mi padrino no le sorprendiese mi ausencia, y á mi tía Ramona no se le ocurriese irme á buscar á la casa de socorro. El padrino, no habiendo tenido clase con mi curso, no había reparado en mi falta de la Universidad: estaba de muy buen humor y todo se lo habló

solo: dijo que á la tarde vendría el ebanista para tomar medida de las paredes para los muebles nuevos del comedor; sin duda habría ido á elegirlos con ella, y después del café, como de costumbre, se encerró á trabajar. Yo volví á salir á la calle, porque dentro de casa parece que la pena se hace cómplice de las paredes y lo ahoga á uno: ahora sí había gente en el café: todos los malos estudiantes de la villa, mas la media docena de señores mayores que no tienen nunca nada que hacer y se pasan la vida jugando al dominó: cuando entré, las fichas de los tres ó cuatro que se estaban jugando, hacían sobre el mármol de las mesas un ruido como de danza macabra. Yo no sabía donde sentarme, pero, de un grupo, me llamó una voz conocida: era un chico que fué mi compañero en el quinto del grado y en el quinto sigue y seguirá hasta que eche canas, si Dios no lo remedia; estaba en una mesa de rincón con otros cinco, y alborotaban á más y mejor; á casi todos los conocía, porque con casi todos había estudiado algo; no parecieron sorprendidos de verme, sino de no haberme visto hasta entonces, porque á ellos les parece el orden natural de la vida pasar

en el café las horas de clase. Tomé otra vez café, como lo toman ellos, con alcohol dentro, y luego más alcohol, no me atrevo en conciencia á llamarlo cognac, hasta cinco ó seis copas: hablaban ellos y callaba yo, y ellos no me preguntaban la razón de mi silencio, porque sin duda no les importaba; en realidad no les daba ni frío ni calor nada de lo que pudiera pasarme, y yo lo sabía, pero no sé porque me gustaba estar entre ellos rodeado de calor humano, oyendo palabras de semejantes míos, sintiendo siquiera el contacto material del paño de su ropa, haciéndome en suma la ilusión de que su compañía aliviaba mi pena, y me parecían ellos, indiferentes, más compasivos que la naturaleza, aun más que yo mismo lo pudiera ser para mi propio dolor. Pasaron horas como dormidas: á media tarde se acercó á nuestro grupo Mariano Uceda: es el novio que tuvo Teresita el invierno pasado y á quien tanto envidié; por primera vez, me fué un poco simpático; sentóse á nuestra mesa y pidió no sé qué bebida extraña, á que él llamó veneno; traía el aire un poco preocupado; observáronlo los amigos, y él no lo negó. —¿Estás enamorado?—le preguntó uno.

—Lo estuve, ó poco menos—respondió él—pero me ha servido de poco, porque se me casa la novia.—Es verdad, afirmé otro, y dicen que con el don Raimundo: las niñas de ahora son muy caprichosas.—Todos se echaron á reír bestialmente, como si el dicho tuviera muchísima gracia, y luego uno de ellos repitió el fatídico pronóstico de mi tía Ramona: la risa aumentó, y todos aplaudieron, declarando que bien merecida tendría la corona, y no de laurel, mi heroico padrino:

—Si á estos buenos amigos les parece—dijo Mariano Uceda—esta noche vamos á correr una juerga en honor de las próximas nupcias del señor catedrático.

¡Cuál ha sido mi primera noche de amor, Teresita! ¡Ganas te darían, si lo hubieras visto, de llorar sobre mí, pero no hay para qué, porque lo que es de estas venganzas habrá bien pocas en mi vida, por mucho que desee vengarme de tí, te lo juro!